Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

8 El bombardeo del 16 de junio

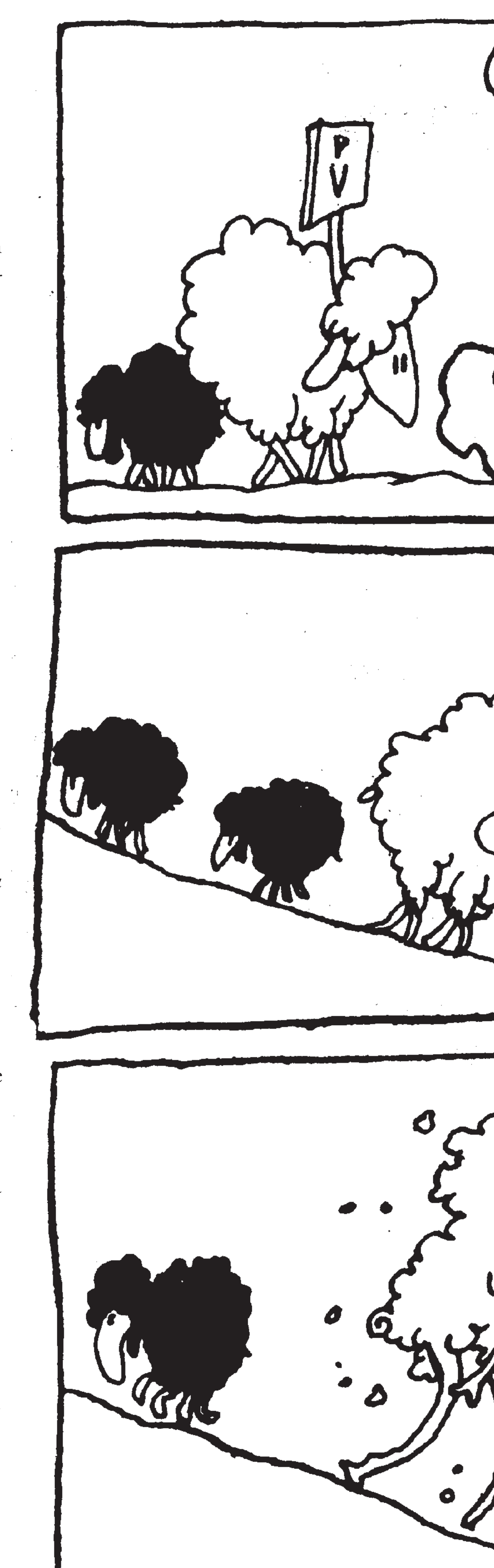


Suplemento especial de
Página/12

Es ahora el 11 de junio de 1955. La oposición al régimen vive sus días de mayor dinamización política. Perón –que debió advertirlo– nada hace. Pone gente en cana, lo cual acentúa su imagen represiva, crea mártires y crea también torturadores y hechos aberrantes como la muerte de Ingalinella. Que fue el *único muerto* del régimen peronista. Notable hecho de este gobierno autoritario y nazifascista. Mató a un solo tipo. A una excelente persona, sin duda. Pero los de la Libertadora –a menos de un año– ya fusilaban a Valle y los suyos y ya llenaban de cadáveres el barro de José León Suárez. Nada de qué asombrarse: era Ramón Falcón que volvía, era el coronel Varela, era Justo, eran –antes que ellos– los asesinos paranoicos Ambrosio Sandes, Irrazábal y Wenceslao Paunero. Ramón Estomba y Rauch. ¿O desde cuándo los defensores de la democracia y la república tuvieron buenos modales? En cuanto a la tortura, torturaron diez veces más los de la Libertadora que los "famosos" hermanos Cardozo, tornados célebres por la literatura antiperonista. Es ahora, decíamos, el 11 de junio de 1955. Se hace "una gigantesca y belicosa procesión de Corpus Christi" (Halperín Donghi, *Ibid.*, p. 143). Se produce un episodio lamentable porque no sirvió para nadie: la quema de la bandera argentina. Todavía veo la foto de Perón en *Noticias Gráficas*. Mira con aire consternado la bandera chamuscada. Todo se estaba poniendo muy espeso. Yo, a esa edad, sólo recordaba a Perón como Presidente. Les preguntaba a mis viejos: "¿Y si lo echan a Perón, ¿quién va a ser presidente?". Ingenua frase infantil que revelaba un cándido respeto por el orden institucional. ¿Cómo lo iban a echar a Perón si él era el presidente? Después seguía jugando con mi *Mecano* o leyendo *Rayo Rojo* o *Misterix*. Escribe Halperín Donghi: "El 16 de junio a la protesta desarmada siguió la tentativa de golpe militar: una parte de la Marina y la Aviación se alzó contra el gobierno, bombardeando y ametrallando lugares céntricos de Buenos Aires. Esa noche, sofocado el movimiento, ardieron las iglesias del centro de la ciudad, saqueadas por la muchedumbre e incendiadas por equipos especializados que actuaron con rapidez y eficacia: en San Francisco, en Santo Domingo, el fuego se llevó todo, hasta dejar tan sólo el ladrillo calcinado de los muros; las cúpulas, levantadas y rotas por la presión de los gases de combustión, dejaron paso a llamaradas gigantescas" (*Ibid.*, p. 144). Acabamos de leer un texto indigno de cualquier historiador. Es posible que yo sea demasiado directo en algunas opiniones y eso me reste "distancia académica" ante los hechos. Lo siento. Academia, a mí me sobra. Eso no me preocupa. Me eduqué en Viamonte 430 con los mejores profesores de la primavera de Risieri Frondizi. El plus que tengo sobre los académicos es que soy un escritor. Y un escritor es un tipo que se maneja con imágenes. Más aún si es también un guionista cinematográfico. Alguna vez Jorge Lafforgue me contó, con buen humor, que al eminente Halperín Donghi lo único que le gustaba de mi obra era el guión del policial *En retirada*. A mí, por ejemplo, cada vez se me caen más de las manos sus libros tan exaltados por algunos de sus seguidores. Escuche, Halperín Donghi: usted no puede despachar la jornada del 16 de junio diciendo "una parte de la Marina y la Aviación se alzó contra el gobierno, bombardeando y ametrallando lugares céntricos de Buenos Aires". Este texto es una ofensa a los derechos humanos en la Argentina. Tampoco puede escribir –como escribe sólo unas páginas más adelante– "El año 1956 transcurrió así con un rumbo político impreciso" (*Ibid.*, p. 155). Porque, ante todo, está ignorando la obra maestra de Rodolfo Walsh, que llevó las matanzas de ese año de "rumbo político impreciso" a hecho literario, a obra maestra de nuestras literatura. (Dejo de lado la cuestión de la creación del periodismo de ficción y de la precedencia de Walsh sobre Truman Capote.) Vamos por partes. Analicemos el primer texto. (Como verán, tengo frialdad académica.) ¿De qué nos habla? De "una parte" de "la Marina y la Aviación" que se alzó contra el gobierno. Este alzamiento habría implicado –para tan escueto texto– *solamente* un bombardeo y ametrallamiento de "lugares céntricos". Cualquiera se preguntaría: ¿"lugares céntricos"? ¿No hay "personas" en los "lugares céntricos"? Parece que no. Parece que *justamente* en el momento en que los aviones de la Marina *bombardean los lugares céntricos ahí no hay nadie*. Raro, pero tal vez posible. Sigamos. Halperín, en cambio, nos detalla la obra de la barbarie. Es de noche. Arden las iglesias. Son saqueadas por las muchedumbres. (Las "muchedumbres", qué palabra tan precisa para señalar el descontrol, la anarquía, la siempre retornante barbarie de un país que no acepta nunca regirse sabiamente por su constitucionalismo liberal.) Las "muchedumbres", además, "saquean". Son muchedumbres delictivas. Son hordas. Luego interviene el "factor régimen". Surgen unos "equipos especializados". Especializados en quemar iglesias. Asombrosa especialización. Actúan "con rapidez y eficacia". Sigue la descripción de la catástrofe. El fuego lo barre todo, "hasta dejar tan sólo el ladrillo calcinado de los muros". Se conduele mucho el gran historiador argentino. No se pregunta por qué ocurrió este hecho –injustificable, claro–, qué lo provocó, qué provocó la furia, qué despertó el fuego. El fuego vino del cielo. Un periodista –que he criticado más de una vez– es en esto más sincero que el rey de nuestros historiadores serios: "Al caer la tarde, en los policlínicos y en las comisarías se amontonaban los cadáveres que media docena de camiones habían recogido en las calles. El espectáculo más tétrico lo ofrecía un trolebús semidestruido por una bomba, la que estalló en su interior cuando pasaba por la Casa Rosada: casi todos los ocupantes murieron en el acto. La cantidad de víctimas –según el recuento de los diarios– habría sido de 200 muertos y más de 800 heridos. Algunos de éstos fallecieron después" (Hugo Gambini, *Historia del peronismo, la obsecuencia (1952-1955)*, Vergara, Buenos Aires, 2007, p. 365). También Félix Luna narra la masacre con honestidad: "Pero todo salió mal y el saldo fue una tragedia que desde entonces quedó fijada en la memoria colectiva con la dimensión macabra de una injustificada masacre (...) un panorama horrible: cuerpos destrozados, charcos de sangre, heridos y mutilados por todos lados" (*Ibid.*, pp. 236/238). Pero falta algo: "Parecía que todo había terminado, pero a las 17.40 sobrevino el último ataque, casi una salva, producido por una única máquina que, después de sobrevolar la zona céntrica, se fue alejando rumbo a Montevideo: una especie de 'yapa' insensata, que no respondía a ninguna necesidad bélica" (*Ibid.*, p. 238). Este avión llevaba la inscripción bélica, la insignia que daba unidad a las luchas de la época en su fuselaje: "Cristo Vence". No aterrizó en ningún lugar de la Argentina. Siguió hasta el Uruguay donde fue amablemente recibido. Uruguay era un país tan jugado contra Perón que se hizo cómplice de una de las peores matanzas de nuestra historia. Que se aguanten entonces a todos los insoportables, fanfarrones turistas que les mandamos a Punta del Este, localidad ya conquistada por lo más vulgar de la clase media argentina, rastacuerista de alma. Recíbanlos bien. Como a ese avión de la Marina que mataba gente al grito guerrero de "Cristo Vence".

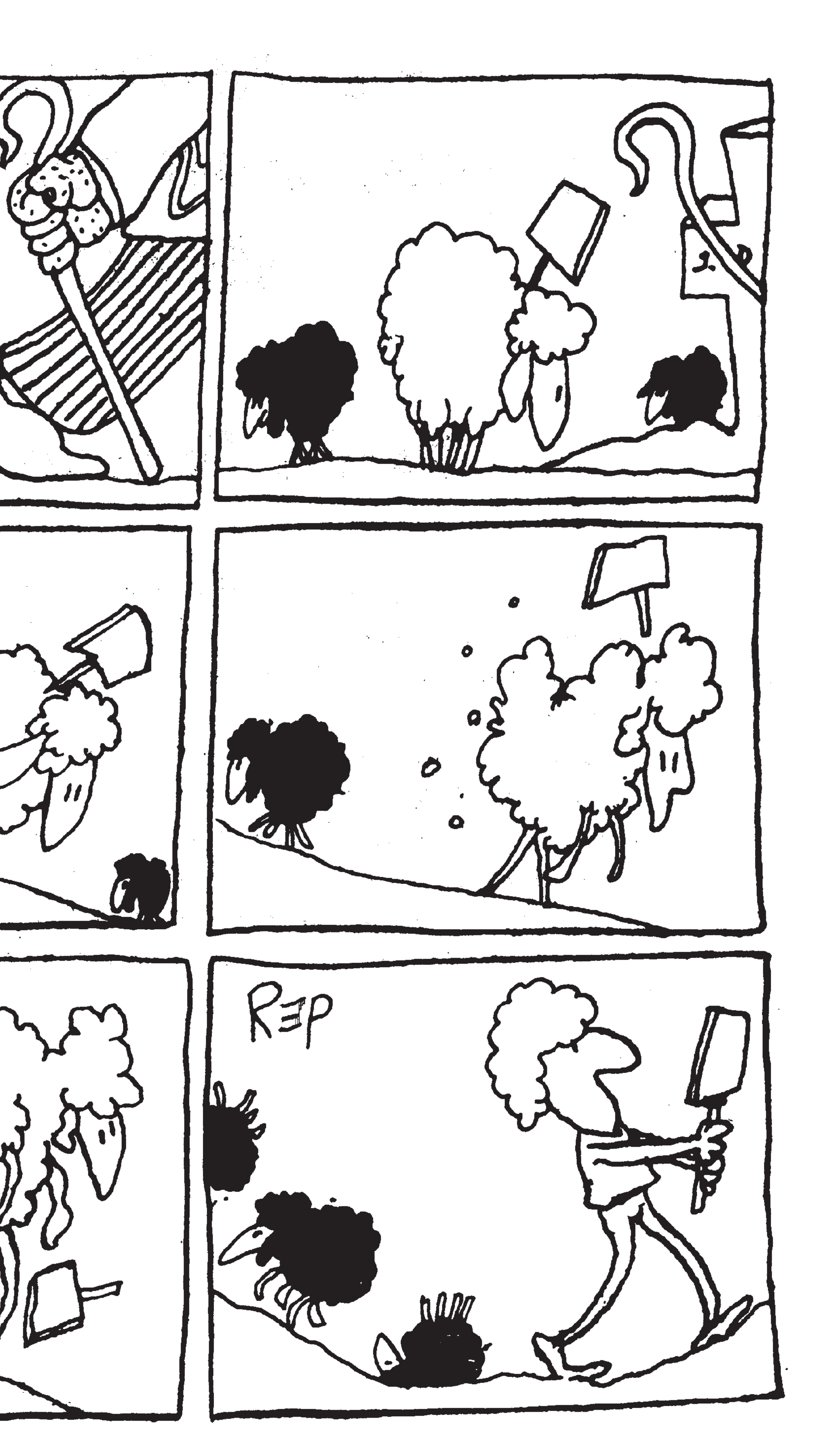
Pero volvamos a Halperín. ¿Cómo ha sucedido esto, Tulio? ¿Vale más una cúpula, algunas iglesias (o muchas, las que usted y el antiperonismo incansable quieran) que doscientas vidas? ¿Cómo pudo olvidarse de algo así? ¿Qué seriedad tiene *Argentina en el callejón*? ¿Cómo puedo tomar seriamente un libro que recorta tan brutalmente la realidad? Y no dudo de que se trató de algo inconsciente. Usted quiso olvidar los muertos de Plaza de Mayo y hablar de la barbarie peronista incendiando las iglesias. Pero eso que acaso haya sido inconsciente mientras escribía este libro de ligeras anotaciones expresa lo que finalmente tuvo más peso en la sociedad argentina. Hablar de la quema de las iglesias es hablar contra la barbarie, la incultura de los peronistas. Siempre "alpargatas sí, libros no", al fin y al cabo. Hablar de las víctimas del bombardeo a Plaza de Mayo es cosa de peronistas. Increíble: el 16 de junio es una fecha de dolor que sólo le corresponde al peronismo. Es un "hecho partidario". La quema de las Iglesias es una injuria a la casa de Dios, a nuestras creencias, a la fe católica de este país de conciencias religiosas, las que dan, al fin y al cabo, verdadera unidad a la institución familiar, base de nuestra sociedad... y todo eso.

Hay que decirlo claro y fuerte: el 16 de junio de 1955 la Marina argentina bombardea una ciudad abierta, hace fuego frío y deliberado, criminal, sobre personas indefensas. Asesina (que se entienda: asesina) a doscientas personas y a otras que mueren después. No importan las estadísticas. Ya se sabe:



no bien empiezan las estadísticas es porque cada una de las vidas perdió su valor. El 16 de junio de 1955 (y ésta es una tesis que pertenece sobre todo a Guillermo Saccomanno y que, supongo, aparecerá en su próxima novela: *77*) es el prenuncio de la ESMA. La Marina muestra hasta dónde pueden llegar su odio y su ensañamiento criminal.

Importa señalar que salieron obreros a dar "la vida por Perón". La CGT, a cuyo frente estaba Di Pietro, los convoca a la defensa de "su" gobierno. No fueron muchos. Convendrá analizar de *otro* modo la célebre consigna peronista. Sobre todo luego de haber estudiado el tipo de "pueblo peronista" que moldeó el Estado de Bienestar que implantó Perón en su década de gobierno. La fórmula Estado de Bienestar no es de la época. Pero la utilizo igual. Es ese Estado peronista que ya hemos estudiado pero seguiremos estudiando (falta aún): el Estado generoso que protege al obrero y lo libra de luchar por las conquistas sociales, concediéndoselas. Dentro de este encuadre: ¿qué significa "la vida por Perón"? Sé que a algunos les parecerá arbitrario mi enfoque, pero me interesa abrir una nueva punta, sólo eso. Si seguimos a León Rozitchner y distinguimos el "no matarás" paterno del "vivirás" materno, ¿no estaría ese proletariado peronista de los años de júbilo animado por la presencia femenina de Evita como gran madre, animado por el "vivirás" materno? Si así fuera, tendríamos dos significados de la frase "la vida por Perón". El que siempre se entiende, el más literal: "Damos la vida por Perón" (que se liga a la muerte). Y el otro, el



del “vivirás” materno: “Tenemos la vida por Perón” (que se liga a la vida). Esto permitía abrir algunos cauces para entender los numerosos motivos de la caída del peronismo. Un líder que no había formado cuadros combativos. Pero para pelear hay que matar. Y el pueblo peronista nació ligado a la vida antes que a la muerte.

En mi relevamiento de textos importantes sobre el peronismo he dejado de lado el célebre *Estudios sobre los orígenes del peronismo* de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero. Siempre resultó algo misterioso para mí el secreto prestigio de este libro. Se editó primero en el Instituto Di Tella. Y luego, supongo, el prestigio de militante de la izquierda de, sobre todo acaso, Portantiero lo tornó de lectura insoslayable. Lo que dice es mínimo: que los migrantes no aparecen en el ’43 sino que ya había una afluencia de los mismos desde la época de la Concordancia con la supresión de importaciones. Hay por ahí algunos gráficos de esos que parecieran dar seriedad a algunos libros y que a mí en general me importan poco, creo que reemplazan la capacidad de pensar por cifras que siempre, finalmente, tienen que pasar por la rigurosidad de la hermenéutica, de la interpretación. Y, por fin, el verdadero aporte teórico radica en que al transformarse el Partido Laborista en Partido Peronista los obreros pierden su organización de clase autónoma y pasan a formar parte del aparato peronista. No mucho más. Portantiero es una figura paradigmática en nuestra cultura. Recuerdo un notable artículo suyo de 1974 defendiendo, ante la ofensiva fascista del isabelismo, con los Ottalagano y los Sánchez Abelenda, el “desorden” de la Universidad del ’73 como un desorden creativo, como un fervoroso campo de ideas que daba vida a los claustros. También –y esto lo recuerdo con enorme nostalgia y afecto– me mandaba a sus ayudantes de cátedra cada vez que yo daba una clase en alguna cátedra de la JP para que me rompieran lo que ustedes pueden imaginar, pero con nivel teórico, de frente, con ideas. Buenos tiempos. Luego Portantiero se exilio y volvió de México hecho un “conservador y de centro”, palabras suyas. Dio un seminario sobre Gramsci que pudo haber incomodado a algunos. Pero, cada vez más, se iba para la derecha. Una vez, en un bar, allá por el ’88, el entrañable piantado de Pancho Aricó se puso a cantar “La Internacional”. “¡Atrás, burgués, atrás!”, exclamaba. Portantiero me miró con gesto de “qué piantado está, por favor”. Pero lo quería de corazón a su amigo. Y de pronto lo imperdonable. Hacía un buen tiempo que no sabía nada de él. Eran los ’90. Los malditos ’90. Portantiero era un más que importante profesor académico. Y alguien le pide que le presente un libro. Alguien que la jugaba de gran demócrata durante esos años. Y el Negro acepta. Le presenta el libro. El autor era Mariano Grondona. ¡Caramba, Negro Portantiero, qué trayectoria! ¡De defender el “desorden” revolucionario de la Universidad del ’73 contra todos los fascistas que el peronismo arrojaba sobre ella a presentar en los noventa un libro del autor de *Meditación del elegido*, abominable texto de Grondona del año ’74 en que defiende a López Rega y a la Triple A! Terminanos, así, con los *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Si hay ahí algo más que lo busque otro.

LA CONDUCCIÓN NO CONDUCE

Milcíades Peña, en cambio, no se traicionó nunca. Se dirá que murió joven. Pero ésta es una teoría miserable. Supone que los hombres se traicionan, se entregan con los años. Y lo que tiene de miserable es que justifica a quienes lo hacen. No: nadie tiene por qué abjurar de sus pasiones tempranas. Cambie la historia para el lado que cambie, siempre habrá convicciones personales que dieron sentido a nuestra vida, y de las que no vamos a renegar. Juro, por ejemplo, que los canallas de este país siguen siendo los mismos de siempre. Los vamos a ir señalando sin vueltas, hasta, diría, sin demasiada cortesía, y hasta con cierta falta de educación. Peña, decía, es un tipo bárbaro. “Hacia 1954 es convocado por esta organización (la del trotskista Nahuel Moreno) para colaborar en la edición del periódico *La Verdad*, que edita la corriente morenista mientras funciona como fracción interna del Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN). Desde este periódico, Moreno y Peña escribirán una serie de artículos con los cuales resisten las tentativas cívico-militares que desembocan en el golpe de 1955 y llaman desde entonces a la resistencia. Peña recapitula, dos años después, esta experiencia en el folleto “¿Quiénes supieron luchar contra la ‘Revolución Libertadora’ *antes* del 16 de septiembre de 1955”?” (Horacio Tarcus, *Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina*, Emecé, Buenos Aires, p. 501, 2007). El folleto es de 1957. En otro texto que publica en *Fichas* narra cómo él y otros fueron a pedir armas a los sindicatos y no obtuvieron nada. ¿Qué podían obtener? Sólo podían transformase en figuras heroicas, de enorme dignidad (*porque no eran peronistas*), pero patéticas porque pretendían luchar por un líder que ya había puesto violín en bolsa: cañonera paraguaya y a rajar. Luego vendrían las interminables justificaciones. Pero Milcíades y los que fueron a pedir armas tenían su visión de la Historia. Se jugaban a una que bien pudo ser. Y que habría sido interesante de observar. Con un Ejército con mayor poder de fuego, con los sindicatos dispuestos a la lucha (al menos los que armaron las barricadas obreras contra el golpe de Menéndez), con los sectores del pueblo peronista no ablandados por el Estado de Bienestar o con los que descubrían que los que venían, que los jovencitos del Cristo Vence, la clase media gorila, que los estudiantes de las clases acomodadas, que los izquierdistas dispuestos a barrer contra la demagogia populista, con los engaños a la clase obrera y sus genuinos intereses, que con los comandos civiles herederos de la Liga Patriótica, que con la Iglesia, la Sociedad Rural y la aristocracia de la Marina, perderían años de conquistas, serían perseguidos, volverían los días de la soberbia de los patrones, la falta de trabajo, la baja de los sueldos y todo ese mundo que había odiado al peronismo porque era obrerista, porque representaba a la negrada, a las sirvientas, a los delegados fabriles y porque, aunque robaba como habían robado todos los gobiernos de la Argentina, aunque sus dirigentes se corrompieran, aunque le pusiera el nombre de Perón al buzón de la esquina, siempre sería más de ellos que la vieja Argentina que se venía, rencorosa, vengativa, oligárquica y oligárquicamente burguesa. Contra todo esto se jugaron Milcíades y los suyos. ¿Dónde estaban los fusiles? Querían pelear. No querían caer sin dignidad, mansamente. Pero la foto que tenemos del último acto de Perón en el país que requería su conducción es la de ese hombre que se mete inseguro en una cañonera de un país dictatorial, bananero aunque no tuviera bananas. No es la última imagen de Salvador Allende. Con el casco de guerra, la metralleta y mirando hacia el frente esperando a los asesinos. Se dirá: a Allende lo mataron, de nada sirvió su última foto heroica. Pero hay en un líder revolucionario algo de los comandantes de los barcos que se hunden. Son los últimos que abandonan la lucha. ¿De qué sirvió la huida de Perón? Nadie puede tener una respuesta clara para esto. Pero es hora de hacer todas las preguntas. Acaso no sea eso de la “versión definitiva” del peronismo con la que, desde luego, no estoy de acuerdo porque nunca la habrá, la que esté muy lejos de expresar estas desmedidas preguntas, o las que no tenga por qué evitarlas, ya que nos hemos

animado a hablar de la "locura" de una versión definitiva no habrá tema que quede afuera. Volvió viejo. Rodeado por un clown sanguinario y una cabaretera perversa (hay cabareteras que son dulces, espléndidas mujeres, pero ésta era ponzoñoza) que regaron de sangre el país ayudados por tipos siniestros como el comisario Villar, el héroe cordobés Navarro (el de la "desobediencia histórica", parapolicial comparado con San Martín), con Osinde, con paras franceses y luego con un Ejército al que cada vez permitió más y más participar en una represión que paulatinamente perdía sus límites. ¿No habrían sido preferibles a estas catástrofes y a todos los años de persecuciones que sufrió la clase obrera luego de la huida de su conductor una lucha abierta y franca en 1955, cuando se tenían todas las posibilidades de ganar? ¿Quién puede decir que habría sido imposible? Sólo hacía falta un líder decidido. Lo demás estaba. A ver si nos entendemos: el Ejército leal era más poderoso que el rebelde y habría aplastado el golpe. Milcíades Peña y muchos otros como él no eran suicidas. Fueron a pedir armas. Fueron a defender a un gobierno para el que tenían muchas críticas pero lo sabían querido por el pueblo. Y sobre todo: ¡conocían la vieja ralea que se venía! "Poco antes del 16 de septiembre, la CGT había hecho como si estuviera dispuesta a formar milicias obreras" (Peña, *Ibid.*, p. 127). Pero el líder de la clase obrera no se hacía presente. Esto enfriaba a la CGT y al Ejército Leal. Este Ejército (y éste es un punto muy delicado) temía la formación de milicias obreras. El problema de un Ejército burgués y de un orden burgués como el del Estado de Bienestar Peronista es que si arma a la clase obrera no sabe dónde ésta se va a detener. Curiosamente o no, durante las jornadas de septiembre aparecieron muchos obreros dispuestos a la lucha. Esto no desmiente la teoría del pueblo de las conquistas "concedidas" y no "conquistadas". Pero –ante la desesperación y cabe suponer que este factor tuvo importancia, es decir, la certeza de que se estaba a punto de perder todo lo conquistado en diez años– más obreros de los que esperaban los sindicatos y el Ejército salieron en busca de armas. ¿Por qué los sindicatos aflojaron su combatividad, por qué la aflojó el Ejército? *Porque la conducción se hizo humo aduciendo la transitada excusa del bien de la patria, de su unidad y para no desatar una guerra civil.* Entregó así al proletariado argentino a años de persecuciones, proscripciones y desamparos. Pero no hubo guerra. Milcíades habrá de escribir un texto terrible. Figura en él la palabra *afeminado* aplicada a Perón y esa palabra era una palabra del gorilaje de la época. Porque la Libertadora se solazó, además, en zaherir la valentía de Perón. Perón se defendió y ya veremos cómo. Voy a citar el texto de Milcíades porque es impecable, lúcido. Quien quiera quitarle la palabra "afeminado" se la quita. Yo prefiero obviarla. Es innecesaria. Pero lo demás, hay que leerlo, pensarlo largamente y estudiarlo y discutirlo. Escribe Milcíades Peña: "Quedaba definitivamente claro que el afeminado general don Juan Domingo Perón no era el tipo de caudillo capaz de ponerse al frente de sus hombres e imantarlos con el ejemplo de su coraje personal. Generales insospechables empezaron a pasarse a los rebeldes, y finalmente el lunes 19 a las 13 se anunció al país la renuncia de Perón, que cedía el poder al Ejército (...) Sin embargo, las fuerzas 'leales' eran militarmente más poderosas que las insurrectas, controlaban la capital y contaban con la simpatía total y activa de la clase obrera y el pueblo trabajador. Militarmente, los rebeldes no habían aniquilado, ni siquiera debilitado a los 'leales'. Habían derrotado su lealtad (...) Perón declaró en el exilio que en sus manos estaban los arsenales y que no quiso dar armas a los obreros que las pedían insistentemente, para evitar una matanza (*El Plata*, de Montevideo, octubre 3, 1955)", Peña, *Ibid.*, p. 128.

Ahora bien, lo que seguidamente dice Peña es su tesis central. Se cree en ella o no. Se la discute. Se la acepta. Se la rechaza. Escribe: *"En verdad, no fue la matanza lo que Perón trató de evitar, sino el derrumbe burgués que podría haber acarreado el armamento del proletariado. La cobardía personal del líder estuvo perfectamente acorde con las necesidades del orden social del cual era servidor (...) La caída ingloriosa del régimen peronista dio lugar, pues, a gérmenes de una insurrección obrera. Diez años de educación política peronista y el ejemplo de la dirección peronista se encargaron de que esos gérmenes no prosperaran"* (Peña, *Ibid.*, pp. 128/129).

LA DECISIÓN DE DAR LA BATALLA

No es fácil responder la cuestión. Por una parte sabemos que el peronismo –tal como se organizó– no lo hizo para desatar una rebelión obrera armada aunque fuera en defensa de su gobierno. La única que planteó seriamente esta cuestión fue Evita. Compró armas al príncipe Bernardo de Holanda y las entregó a la CGT. Los generales leales Lucero y Solari denunciaron el hecho a Perón. Perón reprime duramente a Espejo, le dice que Evita, por su enfermedad, ya no puede tomar decisiones, y envía las armas al arsenal Esteban de Luca. De este arsenal tomarán estas armas los "libertadores" para usarlas contra Perón en septiembre de 1955. ¿Creía Evita en la posibilidad de una defensa popular armada del gobierno de Perón? ¿Era eso el peronismo? La cuestión es así: ¿se había formado a sí mismo el peronismo como para enfrentar su lucha final armando a la clase obrera a la que había educado con la consigna que aconsejaba "de casa al trabajo y del trabajo a casa"? Este enfoque es fácil de resolver. Es la vulgata de la cuestión. Una vulgata que viene tanto de la izquierda como de la derecha. También del peronismo. Todo está claro. Un Estado de Bienestar no es un Estado revolucionario. Si cae, no evitará esa caída apelando a la lucha armada. Hay, incluso, en ese peronismo cuasi místico de Favio una visión de Perón como ángel de la paz y de la vida, como un general bueno que no llevará a su pueblo por las sendas de la muerte. En fin. Pero hay otro punto de la cuestión. No es el tradicional.

Nadie puede controlar *hasta dónde* llegarán los obreros cuando se les empiezan a conceder mejoras. Cuando se los incita contra los patrones. Cuando se les hace ver que si vienen los de antes volverán los años de miseria y persecución. El peronismo tiró mucho de esta piola. Los discursos de Evita fueron incendiarios. Y ni hablemos de los últimos discursos de Perón. Seamos claros: un líder no puede decir el discurso que dijo Perón el 31 de agosto de 1955 y meterse en una cañonera de otro país ("¡tomarse el buque!") dos semanas más tarde. El discurso del 31 de agosto no tiene otra opción más que asumirse. El líder que lo dijo se pone al frente de esas palabras, no las niega y huye. Esas palabras incendiaron los ánimos de los obreros y es posible que hayan llevado a muchos *más allá* del esquema del Estado de Bienestar. Por primera vez Perón reclamaba *la acción directa* de su pueblo. "A la violencia le hemos de contestar con una violencia mayor. Con nuestra tolerancia exagerada nos hemos ganado el derecho de reprimirlos violentamente." Pero es otro el párrafo *totalmente nuevo* en el lenguaje de Perón. "Establecemos (dice) como una conducta permanente para nuestro movimiento: aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades constituidas o en contra de la ley o la Constitución, *puede ser muerto por cualquier argentino*". Esta conducta, insistió, debía ser seguida *por todos los peronistas*. Y luego lanzó la célebre consigna del "cinco por uno". Señalemos hasta qué punto se estaba escribiendo una historia para ese momento y para los largos años que vendrían en nuestra patria. La frase que habrá de decir Perón tiñe de sangre la argentina contemporánea ya que habrá de ser recogida por distintos sectores armados. La guerrilla recogerá el "cinco por uno". Y los militares del Estado genocida la transformarán en "cincuenta por uno". Si calculamos los muertos de la guerrilla en aproximadamente seiscientos la cifra de "cincuenta por uno" nos da la de los treinta mil desaparecidos. Esta proyección tiene la frase que Perón lanza el 31 de agosto: "La consigna para todo peronista, esté aislado o dentro de una organización, es contestar a una acción violenta con otra más violenta. ¡Y cuando uno de los nuestros caiga caerán cinco de ellos!". Recién en 1973 volvería a hablar desde los balcones de la Rosada: con un vidrio de protección que la derecha le había puesto para indicar que los "zurdos" querían matarlo. El sol daba sobre el vidrio y se hizo muy difícil verlo a Perón.

"Parece que cuando Perón abandona el balcón –es la noche del 31 de agosto– le dice al jefe de Policía:

–¡Por favor, Gamboa, saque toda la policía a la calle! ¡No sea cosa que pase algo!" (Luna, *Ibid.*, p. 943).

Rara frase. ¿Quería que no pasara nada luego de ese discurso? Di Pietro se entusiasma y empieza a armar milicias populares. Las milicias no se arman por una locura de Di Pietro sino porque hay muchos obreros que se desbordaron de los esquemas del Estado de Bienestar. ¿Está claro? *El discurso de Perón rompía con el Estado de Bienestar*. Era un discurso de guerra. Reclamaba la acción de cada peronista. No es casual que si el líder llama a la lucha muchos obreros rompan el cerco ideológico y organizativo establecido hasta entonces. Una cosa es pedir a esos que el conductor conduce que "vayan de casa al trabajo y del trabajo a casa" y otra –distinta– es pedirles que maten a cualquiera que intente alterar el orden. "Contestar una acción violenta con otra acción violenta". *¿Cuál es el ámbito de esta acción? ¿Dónde tiene lugar? ¿En el trabajo? ¿En la casa?* No, en la lucha, en la política hecha guerra, a lo sumo: en la política organizada desde los sindicatos adonde habría que ir a buscar las armas y defender al gobierno del pueblo. No fueron *todos* los obreros: muchos siguieron dentro del esquema del Estado que proveía y ellos que recibían. Tenían miedo –posiblemente– y este esquema les permitía seguir siendo peronistas sin arriesgar la vida. Pero hubo otros que entendieron el nuevo encuadre: *el Estado los reclamaba*. Ese Estado que siempre les había dado concesiones, no podría dárselas en el futuro *si ellos no lo defendían ahora*. De casa a la CGT y de la CGT a la guerra. Muchos lo interpretaron así y así estaban dispuestos a actuar. Por otro lado, los hombres de armas –pese a que son naturalmente renuentes a las milicias armadas– no abandonan a Perón. Que quede claro: Perón se va con un Ejército que le sigue siendo leal y es superior al enemigo. Con una CGT decidida a la lucha. Y con los obreros que se habían olvidado de los amparos del Estado de Bienestar y se la jugaban por él. Lo que falla es la conducción. Es difícil saber quién habría ganado. (Todo parece indicar que habría sido Perón. La clase media estaba aterrorizada, los jovencitos del Cristo Vence paralizados y los comandos civiles habrían sido un aperitivo para el Ejército de Lucero.) Cuando la situación se plantea de este modo lo que la resuelve *es la decisión de dar la batalla.* El Ejército leal, la CGT y los obreros movilizados pierden la conducción. No la tienen. La conducción huye. Nada puede desalentar más a los que están decididos a pelear. Los rebeldes, en cambio, estaban decididos a todo. ¿Perón quiso evitar una guerra civil? ¿Fue víctima de sus condicionamientos de clase? ¿Había perdido energía vital, creatividad? ¿Toda esa parafernalia de la UES, la pochoneta, la adulación, los bronces, los monumentos, la alcahuetería lo habían deteriorado como líder combativo? Si fue un líder combativo, ¿no tenía esa combatividad los límites de la coalición militar, empresarial, burguesa y proletaria que le dio textura? Todo esto es posible. Una cosa fue real: en septiembre de 1955, a todos los que salieron a pelear, el conductor los dejó solos. Pero tampoco los había preparado. Perón organiza a los obreros desde el sindicalismo controlado por el Estado Peronista. Se trata de una organización estatal. Nunca hubo una organización de cuadros preparados para luchar en una coyuntura como la del '55. Los que salen en las jornadas de septiembre lo hacen por las suyas. Recorren las calles. Gritan "¡La vida por Perón!" Van hacia la CGT. No existía una sola estructura organizativa de cuadros políticos que pudiera sostener al gobierno ante un ataque armado. Sólo el Ejército. Era así: *tampoco el Ejército habría tolerado una organización de cuadros leales*. Cuando se forman barricadas contra el golpe de Menéndez son los leales Solari y Lucero quienes se quejan ante Perón. Lo mismo con las armas que hace traer Evita. "Nos tiene a nosotros." Lo terrible de septiembre de 1955 es que *no los había perdido*. Ese Ejército burgués, institucional, profesional, insistía en su lealtad al líder. De modo que Perón no necesitaba una estructura de cuadros que saliera a defenderlo. Por decirlo todo, en 1955 el Ejército leal estaba dispuesto a hacer sentir su mayor poder de fuego sobre el rebelde, los obreros que habían roto los marcos conceptuales del Estado de Bienestar pelearían por Perón como siempre lo habían proclamado, la CGT se movilizaría en totalidad. Todos querían pelear, pero el jefe los abandonó.

PROXIMO DOMINGO

La economía peronista